

plir dos fines, el propiamente profesional, escolar —donde nuestros camaradas han de aspirar a ser los primeros—, y el de aprendizaje para los futuros sindicatos, en que el día de mañana se insertará cada uno.

Segundo, en sus deberes para con España. La ciencia no puede encerrarse en un aislamiento engreído: ha de considerarse en función de servicio de la totalidad patria, y más en España donde se nos exige una tarea ingente de reformación.

Y tercero, en sus deberes para con la Falange, donde el sindicato de estudiantes ha de ser gracia y levadura. Por eso han querido introducir en él sus más activos venenos de desunión todos los enemigos declarados o encubiertos de lo que representa la Falange.

Si cumplís estos tres deberes, estad seguros de que España será nuestra. Sólo nuestra debilidad interior nos puede deparar la derrota. Pero si permanecemos unidos y firmes, veréis cómo un día, cuando seamos viejos y veamos en torno nuestro la nueva España de nuestros hijos, recordaremos esta mañana primaveral que aún tiene luz invernal, con la satisfacción de los que no están descontentos de su obra.»

(Arriba, núm. 5, 18 de abril de 1935.)

1931 - 1935

«El 14 de abril de 1931 sobraron por las calles camiones, trapós rojos y gritos. Pero, bajo el mal gusto exterior, cantaba la esperanza de un pueblo; acaso ese pueblo, entregado desde hace siglos a su pereza al sol, no conserva viva del todo más actitud que la de esperar. Sin mucha fe, pero espera. O más bien, aguarda con la escéptica expectativa del que ha comprado un número para la lotería y no desecha del todo la posibilidad de que le toque. El pueblo sabía que con el régimen monárquico le iba mal y, sin más, se abrió al barrunto alegre de que con la República le iba a ir mejor. Así —quitado el mal gusto— las jornadas de abril del 31 resul-

taron ejemplares: la multitud fué dueña de las calles y, sin embargo, no se registró ni un solo acto cruento. Las masas obreras, educadas en el agrio sindicalismo socialista, renunciaron a su gesto propio para sumarse a una festividad total, en la que obreros y burgueses ahogaban sus discordias. ¿Cuál podía ser la clave secreta de aquellos resultados imprevisibles? La clave de «lo nacional y lo social unidos»; España creyó encontrar de golpe las dos cosas separables: un alma histórica, colectiva, y unas bases justas de convivencia humana: la patria y el pan, que forman juntos la justicia.

El balance de los cuatro años transcurridos es bien poco consolador. El 11 de mayo de 1931 unos grupitos vergonzosamente tolerados —¿o protegidos?— se fingieron turbas indomables y pegaron fuego a los conventos. En las ciudades españolas, vandalizadas aquel día, ardió, más pronto que las paredes religiosas, la concordia nacional. A poco empezaba una política sectaria, de exclusión, que colocó fuera de la comunidad civil a millones de españoles. Se jugó al esteticismo revolucionario sin fecundidad ni finalidad. El momento de casi unanimidad espiritual del 14 de abril pasó a ser un recuerdo.

La otra tarea de la revolución consistía en alterar las bases económicas de la vida popular. Había en España demasiados parias, desprovistos de todo, y demasiados zánganos sostenidos por el trabajo de los demás. Aquello necesitaba una transformación enérgica y austera. El bienio no la hizo: se afaná en imitar y vejar a los privilegiados, pero no mejoró en nada el infortunio de los humildes; desquició un sistema de economía sin iniciar fecundamente la construcción de otro. ¿Y después? Las elecciones de noviembre del 33 impulsieron un cambio de rumbo a la política. El cambio ha consistido en un tancamiento. Ya no se cometen tropelías ruidosas, pero todo se deja como estaba. Como estaba en 1931, corregido y empeorado por la furia del bienio. Los privilegios antiguos, la miseria antigua, menos disciplina social y muchos más miles de guardias.